

infundiéndole esperanza de mejor suerte; pero éste le contestó que no eran los hombres de su importancia presos para soltarles en seguida, y que los que no merecen ser presos, no merecen tampoco ser puestos en libertad. En efecto, al poco tiempo murió en la prisión.

El Papa nombró general de su ejército á Luis, patriarca de Aquilea; y aunque hasta entonces no había querido intervenir en las guerras de la Liga con el Duque de Milán, mostró deseo de hacerlo ahora, prometiendo para la defensa de Toscana 4.000 caballos y 2.000 infantes.

XXVIII. Libres los florentinos de este temor, les quedó el que les inspiraba Piccinino, y la confusión de los asuntos de Lombardía, á causa del desacuerdo entre los venecianos y Sforza. Para juzgar las causas de esta desavenencia enviaron á Neri de Gino Capponi y á Julián Davanzati á Venecia, comisionándoles también para organizar la campaña del año siguiente, y á Neri para que, después de oír la opinión de los venecianos, viera al conde Sforza á fin de saber la suya, persuadiéndole á hacer lo que fuese necesario á la Liga.

Aun no habían llegado estos embajadores á Ferrara, cuando oyeron decir que Piccinino, con 6.000 caballos, había pasado el Po. Esto les obligó á apresurar el viaje y, al llegar á Venecia, encontraron al Senado deseoso más que nunca de que, sin esperar á la primavera, fuese socorrida Brescia, porque esta ciudad no podía defenderse hasta entonces, ni era empresa fácil la construcción de una flota, y no acudiendo en su auxilio, se rendiría al enemigo, lo cual daría la victoria completa al Duque de Milán, perdiendo Venecia todos sus Estados de tierra firme.

Neri fué de allí á Verona para escuchar lo que Sforza

alegaba en contra, y éste le demostró con fundadas razones que ir por entonces á Brescia era inútil y perjudicial para la empresa futura, porque, atendiendo al tiempo y al sitio, no se haría en Brescia nada de provecho, y en cambio, se desordenaría y fatigaría el ejército, de suerte que, al llegar el tiempo bueno y á propósito para la guerra, tendría que volver con las tropas á Verona para reparar las pérdidas del invierno y proveerse de todo lo necesario á la nueva campaña, consumiendo así en ir y volver todo el tiempo necesario para guerrear.

Habían ido á Verona para tratar este asunto con el Conde, maese Orsatto Justiniani y maese Juan Pisani y, después de largos debates, quedó acordado que, para el año siguiente, dieran los venecianos á Sforza 80.000 ducados y á sus otras tropas 40 ducados por lanza, y que se apresuraría á salir á campaña, atacando al Duque de Milán, á fin de que, por atender á la seguridad de sus Estados, llamara éste á Piccinino á Lombardía. Hecho el convenio, volvieron los comisionados á Venecia, y como á los venecianos pareció la cantidad exorbitante, cumplían con negligencia el compromiso.

XXIX. Entretanto Nicolás Piccinino continuaba avanzando, estando ya junto á la Romaña, y tanto gestionó con los hijos de Pandolfo Malatesta, que abandonaron á los venecianos, entrando al servicio del Duque de Milán. Esto desagradó en Venecia, pero mucho más en Florencia, donde se esperaba resistir á Piccinino en aquella parte, y al ver rebelados á los Malatesti, se asustaron grandemente, por temer que su general Pedro Juan Pablo Orsino, que estaba acuartelado en las posesiones de éstos, tuviera que rendirse, quedando Florencia sin defensa.

Esta noticia también alarmó á Sforza, porque temía perder la Marca si pasaba Piccinino á Toscana. Dispuesto á socorrer sus Estados, fué á Venecia y, presentándose al Dux, dijo ser útil á la Liga que fuese con su ejército á Toscana, porque la guerra se debía hacer donde estuviera el ejército y el general enemigo, no donde están las plazas y las guarniciones, pues vencido el ejército, terminaba la guerra; y tomadas las plazas, pero quedando intacto el ejército, la guerra se reproduce más viva y empeñada: aseguraba que Toscana y la Marca se perderían si no se combatía á Piccinino, y una vez perdidas, en Lombardia nada podría hacerse; pero, aunque se pudiera, no quería abandonar á sus súbditos y amigos: que había entrado en Lombardia siendo Señor, y no quería salir de ella como simple capitán á sueldo extranjero.

Contestóle el Dux que era segura la pérdida de los Estados de tierra firme de Venecia, no sólo si salía de Lombardia, sino si, con el ejército, repasaba el Po; que ellos no gastarían nada por defenderlos, porque es insensato intentar la defensa de lo que seguramente se sabe que se va á perder, y es menor la vergüenza y el daño cuando solamente se pierden los Estados que cuando se pierden los Estados y el dinero; que, cuando esta pérdida ocurriera, se vería lo que importaba el poderío de Toscana y la Romaña; que, por tanto, tenían opinión contraria á la de Sforza, creyendo que, si éste triunfaba en Lombardia, la victoria se extendería á todas partes; y que el vencer era cosa fácil, porque la marcha de Piccinino había dejado sin defensa los Estados del Duque de Milán, de suerte que podía perderlos antes de tener tiempo para llamar á Piccinino ó proveerse de

otros medios de defensa. Que si examinaba lo ocurrido atentamente, vería que el objeto del Duque, al enviar á Piccinino á Toscana, era apartar á Sforza de Lombardia, y la guerra que tenía en su propia casa trasladarla á la ajena. Si Sforza se alejaba, no habiendo para ello extrema necesidad, realizaría los deseos de sus enemigos, aplaudiendo éstos sus designios; pero si continuaba con el ejército en Lombardia, mientras en Toscana se defendían como pudieran, el enemigo se convencería tarde de su error y cuando ya hubiera perdido la Lombardia, sin vencer en Toscana.

Debatidas ambas opiniones, se acordó esperar algunos días para ver el resultado que daba el acuerdo entre Piccinino y los Malatesti; si los florentinos podían valerse de Orsino, y si el Papa entraba de buena fe en la coalición, como lo había prometido.

A los pocos días de este acuerdo supieron de positivo que los Malatesti se habían convenido con Piccinino más bien por temor que por malevolencia; que Orsino con sus tropas había ido á Toscana, y que el Papa estaba más dispuesto que antes á favorecer la coalición. Estas noticias tranquilizaron á Sforza, consintiendo en permanecer en Lombardia, y Neri Capponi volvió á Florencia con mil caballos de los suyos y quinientos sacados de las demás tropas de su ejército, acordando que, si los sucesos exigían la presencia del Conde en Toscana, le escribiesen y, sin consideración alguna, partiría. En Abril llegó Capponi con estas fuerzas á Florencia, y el mismo día de su llegada se unió con las de Orsino.

XXX. Entretanto Piccinino, después de ordenar los asuntos de la Romaña, se preparaba á entrar en Toscana y, queriendo pasar por los Alpes de San Benedicto y por

el valle de Montone, encontró aquellos sitios tan bien guardados por las disposiciones de Nicolás de Pisa, que comprendió la inutilidad de sus esfuerzos en aquella parte.

Como á los florentinos sorprendió la repentina invasión mal provistos de soldados y capitanes, enviaron á defender los pasos de los Alpes algunos conciudadanos con infantería reclutada á rebato. Uno de estos ciudadanos era el caballero Bartolomé Orlandini, á quien encargaron la guarda del castillo de Marradi y del paso de los Alpes por aquella parte.

Juzgando Piccinino que no podía forzar el paso de San Benedicto, por el valor del que lo guardaba, creyó poder vencer el de Marradi, por la cobardía del defensor.

Marradi es un castillo situado al pie de los Alpes que dividen Toscana de la Romaña; en la parte que mira hacia la Romaña, al principio del valle de Lamona y, aunque sin muros, el río, los montes y los habitantes lo hacen fuerte, porque los hombres son belicosos y fieles y el río ha corroído tanto el terreno y dejado sus márgenes tan escarpadas, que es imposible llegar allí por el valle, á poco que se defienda el puentecillo que hay sobre el agua. Por la parte de los montes son los ribazos tan ásperos, que hacen aquel sitio segurísimo. Pero la cobardía de Orlandini quitó el ánimo á los defensores y la fortaleza á la posición porque, al oír el ruido del ejército enemigo, abandonándolo todo y con todos los suyos huyó, sin parar hasta el Burgo de San Lorenzo.

Entró Piccinino en el abandonado castillo lleno de admiración porque no lo defendieran y de alegría por ocuparlo; bajó á la comarca de Mugello, donde ocupó algunos castillos, y se situó con el ejército en Pulicciano,

desde donde recorría todo el país hasta las montañas de Fiesole, llegando su audacia hasta pasar el Arno y aproximarse á tres millas de Florencia, robando y arrasando cuanto encontraba.

XXXI. Los florentinos no se asustaron, y ante todo atendieron á consolidar su gobierno, de cuya firmeza no podían dudar, por el crédito que Cosme de Médicis tenía en el pueblo, y porque el partido vencedor cuidó de distribuir los principales cargos entre pocos ciudadanos poderosos, cuya severa vigilancia contenía á los malcontentos y á los deseos de novedades.

Sabían las fuerzas con que volvía Capponi por el convenio hecho en Lombardia; esperaban, además, las tropas del Papa, y esta esperanza les animó para aguardar la vuelta de Neri Capponi, que, encontrando la ciudad alarmada y temerosa, determinó salir á campaña á fin de impedir en parte á Piccinino que saqueara libremente el país. Con ciudadanos de Florencia organizó un cuerpo de infantería, lo unió á su caballería, salió al campo y tomó á Remole, ocupada por los enemigos, donde acampó, impidiendo las correrías de Piccinino y prometiendo al gobierno que le ahuyentaría de las inmediaciones de Florencia.

Al ver Piccinino que los florentinos nada habían hecho contra el gobierno cuando éste carecía de tropas que le defendieran, y sabiendo con cuánta seguridad se vivía en Florencia, parecióle ocioso gastar tiempo, y determinó acometer otra empresa, para que los florentinos enviaran tras él su ejército y hubiera ocasión de dar la batalla; porque, lograda la victoria, esperaba que todo lo demás le sucediera prósperamente.

Estaba en el ejército de Piccinino, Francisco, conde de

Poppi que, al llegar los enemigos al Mugello, se rebeló contra los florentinos, de quienes era aliado. Dudando éstos de su fidelidad, quiso el gobierno de Florencia atraérsele con beneficios, aumentándole la pensión y nombrándole Comisario de todas las plazas vecinas á sus Estados. Pero tanto puede en los hombres el espíritu de partido que, ni los beneficios ni el miedo, le hicieron olvidar su afecto á Rinaldo de Albizzi y á los demás miembros del anterior gobierno. Así, pues, cuando supo que Piccinino estaba cerca, se unió á él, y con grande empeño le aconsejaba apartarse de Florencia é ir al Casentino, mostrándole lo fuerte de la comarca y la seguridad con que, desde allí, podía tener en jaque al enemigo.

Tomó Piccinino este consejo, fué al Casentino, ocupó á Romena y Bibiena, y sitió después el castillo de San Nicolás.

Situado este castillo al pie de los Alpes que separan el Casentino del valle del Arno, por estar bastante elevado y tener suficiente guarnición, fué difícil de expugnar, aunque Piccinino lo atacaba con artillería. Duró, pues, este asedio veinte días, los cuales aprovecharon los florentinos para organizar su ejército, teniendo á las órdenes de varios capitanes tres mil caballos en Fegghine, que mandaba Orsino y siendo Comisarios Neri Capponi y Bernardo de Médicis.

Recibieron éstos á cuatro enviados del castillo de San Nicolás para rogarles fueran en su socorro; pero, examinado el sitio, vieron los Comisarios que no podían socorrerlo sino por los Alpes del valle del Arno, cuyas cumbres podía ocupar antes que ellos el enemigo, para quien era más corto el camino, no pudiéndose ocultar la marcha de los florentinos. Era, pues, la tentativa pe-

ligrosa, y podía causar la ruina del ejército; por lo cual los Comisarios, elogiando la fidelidad de la guarnición del castillo, les encargaron que, cuando ya no pudiera defenderse, se rindiera.

Tomó Piccinino el castillo á los treinta y dos días de sitiado, y tanto tiempo perdido en esta pequeña conquista no fué la menor causa del fracaso de su empresa; porque, de continuar en las inmediaciones de Florencia, hubiese ocasionado que el gobierno de esta ciudad no pudiera, sino con grandes miramientos, exigir á los ciudadanos dinero para la guerra, tropezando con mayores dificultades para reunir el ejército y acumular otras provisiones; y estando el enemigo próximo, en vez de lejano, hubiera animado á muchos, temerosos de la duración de la guerra, á pedir un convenio con Piccinino para restablecer la paz. Pero el deseo que el conde Poppi tenía de vengarse del gobernador del castillo de San Nicolás, que era, de largo tiempo, enemigo suyo, le hizo dar aquel consejo; y Piccinino, para satisfacerle, lo aceptó, ocasionando, con ello, la pérdida de ambos, porque rara vez dejan de perjudicar á los intereses generales las pasiones privadas.

Continuando sus victorias, tomó Piccinino á Rassina y Chiusi. El conde Poppi le persuadía que acampara en este último punto, diciéndole que podía extender su ejército entre Chiusi, Caprese y la Pieve, siendo dueño de los Alpes, pudiendo bajar según su voluntad al Casentino, al valle del Arno, al del Chiana ó al del Tiber y estar preparado para cualquier movimiento que hiciera el enemigo. Pero viendo Piccinino lo agreste del sitio, le dijo que sus caballos no comían piedras, y fué al Burgo de San Sepolero, donde les recibieron amistosamente. Des-

de allí procuró ganarse á los habitantes de Ciudad de Castillo, que, fieles á los florentinos, rechazaron sus insinuaciones y, deseando tener á su devoción á los de Perusa, fué á esta ciudad con cuarenta caballos, donde le acogieron bien, porque era perusino, pero á los pocos días empezaron á tener sospechas de él. Hizo á sus conciudadanos y al Legado diferentes proposiciones, sin que aceptaran ninguna y, después de recibir de ellos ocho mil ducados, volvió al ejército.

Gestionó también con los de Cortona para quitar esta plaza á los florentinos y, por descubrirse la conspiración antes de estallar, fracasó también este proyecto.

Entre los principales ciudadanos de Cortona figuraba Bartolomé de Senso quien, yendo una noche por orden del gobernador á la guarda de una puerta de la ciudad, uno del condado, amigo suyo, le dió á entender que no fuera si no quería ser muerto. Quiso saber Bartolomé el fundamento de la noticia, y descubrió la conspiración tramada con Piccinino, revelando al gobernador lo que se preparaba. Éste prendió á los jefes de la conjura y, reforzando las guardias de las puertas, esperó que Piccinino llegara, quien vino aquella noche á la hora convenida y, al verse descubierto, volvió á su alojamiento.

XXXII. Mientras ocurrían estos sucesos en Toscana con tan poco provecho del ejército del Duque de Milán, se realizaban otros en Lombardia con pérdida y daño suyo. El conde Sforza, cuando la estación lo permitió, salió con su ejército á campaña. Ya habían terminado los venecianos el equipo de su flotilla y quiso el Conde, ante todo, dominar el lago de Garda, echando de allí á las tropas del Duque, porque, hecho esto, lo demás pareciale empresa fácil. Atacó, pues, con la flota de los

venecianos la del Duque, y la derrotó, ocupando con las tropas de tierra los castillos ribereños que obedecían á Visconti. El ejército de éste, que por otros puntos sitiaba á Brescia, sabido aquel desastre, se marchó, y de tal suerte Brescia, sitiada durante tres años, quedó libre del asedio.

Después de esta victoria, fué Sforza en busca del enemigo, que se había retirado á Soncino, fortaleza situada á orillas del río Oglio, y le desalojó de allí, obligándole á refugiarse en Cremona, donde le hizo frente el Duque de Milán, defendiendo desde aquel punto sus Estados; pero estrechándole cada día más Sforza, y temeroso de perder ó todos ó gran parte de sus Estados, reconoció el error que había cometido enviando á Piccinino á Toscana y, para enmendarlo, le escribió diciendo la situación en que se encontraba y el estado de sus empresas, para que lo más pronto que pudiera abandonara á Toscana y volviera á Lombardia.

En tanto los florentinos habían unido su ejército con el del Papa, acampando en Anghiari, castillo situado al pie de las montañas que dividen el valle del Tiber, del valle del Chiana, que dista del Burgo de San Sepolcro cuatro millas; camino llano y campo á propósito para las maniobras de la caballería y las operaciones militares.

El gobierno de Florencia, que tenía noticia de la victoria del conde Sforza y del llamamiento de Piccinino, creyó que, sin desenvainar la espada, ni levantar polvo había terminado aquella guerra, y por ello escribió á los Comisarios que no provocaran batalla, porque Piccinino estaría pocos días en Toscana.

Supo éste la orden del gobierno, y ante la necesidad

de partir, por no dejar de intentar cosa alguna, determinó dar la batalla, creyendo sorprender al enemigo, muy ajeno de la proximidad de la lucha. Inducíanle, además, á ello Rinaldo de Albizzi, el conde Poppi y los demás desterrados florentinos, que comprendían su segura ruina si Piccinino se marchaba, y de una batalla esperaban ó el triunfo de sus designios ó perderlos honrosamente.

Tomada la determinación, movió Piccinino el ejército del sitio en que estaba entre Ciudad del Castillo y el Burgo, y vino al Burgo sin que el enemigo se enterara. Sacó de esta población dos mil hombres, que, confiando en la fama del general y en sus promesas y, deseos de botín, le siguieron.

XXXIII. Avanzó Piccinino con su ejército hacia Anghiari, y estaba ya á dos millas de distancia cuando Michelotto Attendulo observó gran polvareda y, reconociendo la proximidad del enemigo, gritó: ¡á las armas! Grande fué el tumulto en el campamento florentino, porque, acampando aquel ejército de ordinario sin ninguna disciplina, era aún mayor su negligencia, por creer al enemigo lejano y más dispuesto á la retirada que al ataque. Estaban, pues, cada cual sin armas y lejos de los alojamientos en sitios diversos donde, por huir del calor que era grande, ó por cualquier otro motivo, se habían refugiado. Pero fué tanta la actividad de los Comisarios y del general que, antes de llegar Piccinino, estaban todos á caballo y en orden para resistir el ataque. Michelotto, que fué el primero en descubrir al enemigo, lo fué también en salir á su encuentro, y corrió con sus soldados á ocupar el puente del río que atraviesa el camino á corta distancia de Anghiari.

Orsino, antes de llegar los contrarios, había hecho re-

llenar las cunetas del camino desde el puente hasta Anghiari. Situóse Michelotto á la cabeza del puente, y Simoncino, capitán á sueldo de la Iglesia, con el Legado, se pusieron á la derecha. A la izquierda estaban los Comisarios florentinos con el general Orsino, y la infantería se colocó de modo que defendiera las dos márgenes del río.

No quedó al enemigo otro camino para el ataque que el directo del puente, ni los florentinos necesitaban combatir en otro punto que en éste. Habían ordenado á su infantería que, si la enemiga desbordaba el camino para atacar por el flanco á los hombres de armas, disparara contra ella sus ballestas, para que no pudiera herir los caballos que pasaran el puente.

Michelotto hizo frente con vigor á las primeras tropas que vinieron á atacarle, y las rechazó; pero, llegando después Astorre y Fernando Piccinino con gente escogida, le atacaron con tal impetu, que perdió el puente y fué rechazado hasta el pie de la cuesta que llega al Burgo de Anghiari; más á su vez rechazaron á éstos y les arrojaron más allá del puente los que les atacaron por el flanco. Durante dos horas que duró la lucha, Piccinino y los florentinos fueron sucesivamente dueños del puente, y aunque sobre él era igual el combate, á un lado y á otro del mismo resultaba desventajoso para Piccinino; porque cuando sus tropas pasaban el puente, encontraban numerosos enemigos que, por haber rellenado las cunetas del camino, maniobraban fácilmente, y á los que estaban cansados les socorrían tropas frescas. Pero cuando eran los florentinos quienes pasaban el puente, no podía Piccinino reemplazar las suyas con soldados de refresco, porque lo impedían las cunetas y

trincheras del camino, de suerte que, aunque tomaron muchas veces el puente, siempre las rechazaban los que acudían á reemplazar las tropas fatigadas. Apoderados al fin del puente los florentinos y acometiendo por el camino, no pudo Piccinino, por lo impetuoso del ataque y la desventaja del terreno, reforzar á los suyos, y mezclados los que estaban delante con los que á la espalda venían, los unos desordenaron á los otros, siendo general la derrota y huyendo todos á refugiarse en el Burgo de San Sepolcro.

Los florentinos se ocuparon del botín, que de prisioneros, arneses y caballos fué grandísimo, porque con Piccinino sólo se salvaron mil caballos. Los del Burgo, que, por la esperanza del botín, habían seguido á Piccinino, de ladrones se convirtieron en robados, siendo todos presos y sujetos á rescate. Todas las banderas y los bagajes cayeron en poder de los florentinos, siendo esta victoria mucho más útil para Toscana que dañosa para el Duque, porque, de perder la batalla los florentinos, la Toscana quedaba á disposición de Visconti, y perdiéndola sus tropas, sólo perdían las armas y caballos del ejército, que con poco dinero se podían reemplazar. En ningún tiempo fué la guerra hecha en país enemigo menos peligrosa para quien la hacía, y en tan gran derrota y tan empeñada lucha durante cuatro horas, sólo murió un hombre, y no por el hierro del enemigo, sino porque cayó del caballo y le pisotearon los demás. Tal era la seguridad con que se combatía entonces, yendo todos á caballo, cubiertos con las armaduras, y sin correr riesgo la vida en ningún caso, porque en el combate la defendía la armadura y, cuando no podían combatir, se entregaban prisioneros.

XXXIV. Fué además esta batalla ejemplo, por lo que ocurrió en el combate y después de él, de lo detestable que era entonces la organización de los ejércitos; porque vencido Piccinino y refugiado en el Burgo, los Comisarios florentinos querían seguirle, sitiándole en aquel punto para conseguir completa victoria; pero no hubo capitán ni soldado que les obedeciera, alegando que necesitaban poner en seguridad el botín y curar á los heridos. Y lo más notable fué que al día siguiente, á mitad del mismo, sin permiso de ningún capitán ni Comisario, fueron á Arezzo y, dejando allí el botín, volvieron á Anghiari; cosa tan ajena al buen orden y disciplina militar, que los restos de cualquier ejército bien organizado fácil y justamente les hubieran privado del fruto de una victoria inmerecidamente alcanzada.

Además de esto, deseando los Comisarios que retuvieran prisioneros los hombres de armas para impedir al enemigo rehacerse, las tropas, á pesar de las protestas de aquéllos, les dieron libertad. Resultaba, pues, maravilloso que en un ejército así organizado hubiese valor bastante para conseguir la victoria, y que fuera tanta la cobardía del enemigo que se dejara vencer por fuerzas tan desorganizadas.

Mientras los soldados florentinos iban y volvían de Arezzo, tuvo tiempo Piccinino para partir con su ejército del Burgo, y fué hacia la Romaña, huyendo con él los desterrados florentinos, quienes, perdida toda esperanza de volver á Florencia, se establecieron en varios puntos de Italia y fuera de ella, según los recursos de cada uno. Rinaldo de Albizzi fijó su residencia en Ancona y, para ganarse la patria celestial, ya que había perdido la terrena, visitó el sepulcro de Cristo. De vuelta

de Jerusalén, y estando un día celebrando la boda de una de sus hijas, murió de repente durante la comida. Por fortuna para él, falleció el día menos infeliz de su destierro.

Fué Rinaldo de Albizzi, en la próspera y adversa fortuna, persona digna y, de nacer en ciudad no dividida por bandos, hubiera sido más estimado, porque muchas de sus cualidades que le perjudicaban en la lucha de los partidos, no existiendo éstos, le hubieran enaltecido.

Cuando los soldados florentinos volvieron de Arezzo y partió Piccinino, los Comisarios fueron con el ejército al Burgo de San Sepolcro. Los habitantes querían entregarse á los florentinos, pero éstos rechazaron el ofrecimiento, lo cual no impidió que el Legado del Papa sospechara que los Comisarios querían quitar aquella ciudad á la Santa Sede, y que mediaran entre aquéllos y éste frases ofensivas que hubieran ocasionado choques entre las tropas pontificias y las de Florencia, de durar más la cuestión; pero terminada como el Legado pretendía, todo quedó en paz.

XXXV. Durante estas cuestiones en el Burgo se dijo que el ejército de Piccinino marchaba hacia Roma, y otros aseguraban que en dirección de la Marca, por lo cual determinó el Legado ir con las tropas de Sforza hacia Perusa para, desde allí, acudir á la Marca ó á Roma, donde Piccinino se dirigiera. Se convino que con el Legado fuera Bernardo de Médicis; y Neri, con las tropas florentinas, marchara á conquistar el Casentino.

Neri se dirigió á Rássina y la tomó, y con igual rapidez se apoderó de Bibiena, Prato Vecchio y Romena, yendo á acampar junto á Poppi, que cercó por dos par-

tes, una por la llanura de Certomondo y otra por las colinas que se extienden hacia Fronsoli.

El Conde, viéndose abandonado de Dios y de los hombres, se encerró en Poppi, no porque esperase auxilio, sino para capitular, si podía, en buenas condiciones. Estrechado por Neri, pidió capitulación, y la obtuvo tal y como podía esperarla en aquel caso, quedando libres él, sus hijos y lo que pudieran llevarse, y cediendo á los florentinos su ciudad y sus Estados.

Hecha la capitulación, salió al puente del Arno, que pasa junto á la ciudad, y afligido y penoso, dijo á Neri:

«Si hubiera apreciado bien mi fortuna y vuestro poder, vendría ahora á regocijarme con vosotros por la victoria, y no como enemigo á suplicaros que aligeréis el peso de mi desdicha. La suerte es para vosotros tan satisfactoria y magnífica como para mí doliente y mísera. Tenía caballos, armas, súbditos, Estados y riquezas, ¿es de admirar que los deje mal de mi grado? Pero si queréis y podéis mandar en toda la Toscana, por necesidad tenemos los demás que obedeceros, y de no haber cometido yo este error, ni mi fortuna hubiera sido conocida, ni vuestra liberalidad se podría conocer, porque si me mantenéis en mis Estados, daréis al mundo ejemplo eterno de vuestra clemencia. Sea, pues, superior vuestra piedad á mi falta, y dejad esta única casa al descendiente de los que hicieron innumerables servicios á vuestros padres.»

Neri le contestó que el esperar demasiado de los que podían poco, le había hecho caer en falta con la república de Florencia; que, por virtud de las circunstancias, era necesario cediese á Florencia, como enemigo, sus posesiones y aquel pueblo, puesto que no había querido

conservarlos como amigo; porque había dado de sí un ejemplo que no podía ser tolerado y, en cualquier cambio de fortuna, si no por él, por la situación de sus Estados, podía dañar á la República. Que si en Alemania podía ser príncipe, Florencia lo celebraría, y en agradecimiento á los servicios de sus ascendientes, que alegraba, le favorecería.

El Conde, indignado, replicó que quería verse mucho más distante de los florentinos; y renunciando á las súplicas, puesto que no tenía otro remedio, cedió la ciudad y sus Estados á Florencia, y con sus ropas y alhajas, la mujer y los hijos, partió llorando y dolándose de haber perdido un Estado que sus antepasados poseyeron durante cuatrocientos años.

Al saberse en Florencia todas estas victorias, fué inmensa la alegría del gobierno y del pueblo. Convenido Bernardino de Médicis de que Piccinino no marchaba hacia Roma ni hacia la Marca, regresó con sus tropas donde estaba Neri, y juntos entraron en Florencia, concediéndoseles los mayores honores que la República otorgaba á sus ciudadanos victoriosos, y siendo recibidos como triunfadores por la Señoría, por los capitanes de los barrios y por el pueblo entero.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Págs.

LIBRO PRIMERO.—SUMARIO: I. Ocupan los Bárbaros el Imperio romano.—II. Los Francos y los Borgoñones dan nombre á Francia y Borgoña; los Hunos á Hungría, los Anglos á Inglaterra.—III. Los Hunos y los Vándalos recorren Italia.—IV. Teodorico y los Ostrogodos.—V. La lengua Moderna. Grandes mudanzas en el mundo.—VI. Muere Teodorico: Belisario combate á los Godos, vencidos después por Narsés.—VII. Justino reorganiza á Italia.—VIII. Reino de los Longobardos.—IX. Cómo llegaron á ser poderosos los Papas.—X. El Papa pide auxilio á Pipino contra los Longobardos.—XI. Carlomagno, y fin de los Longobardos.—XII. Pasa el Imperio á Alemania.—XIII. Orden y división de los Estados italianos.—XIV. Nicolás III establece que la elección de Papa la hagan los Cardenales.—XV. Alejandro II excomulga á Enrique II y libra á sus súbditos del juramento de fidelidad. Güelfos y Gibelinos.—XVI. Los Normandos fundan el reino de Nápoles.—XVII. Urbano II va á Francia y predica la primera cruzada. Órdenes de caballería de Jerusalén y de los Templarios. Fin de la Cruzada.—XVIII. Muere la condesa Matilde, dejando su Estado á la Iglesia. Federico Barbarroja. Sus querellas con Alejandro III. Liga lombarda.—XIX. Muerte de Tomás Becket. Retracción que hace el Rey de Inglaterra. Federico se reconcilia con el Papa. Su muerte. XX. El reino de Nápoles pasa á la casa de Suavia. Órdenes de los Dominicos y de los Franciscanos.—XXI. Principio de la